Misterios Dolorosos
Enero 2011

1º: La oración de Jesús en Getsemaní

Jesús, después de haber instituido la Eucaristía en la Última Cena, fue al Huerto de Getsemaní a orar como de costumbre. Pero aquella noche era distinta, y también iba a ser diferente su oración. Había llegado la hora de comenzar su terrible Pasión.

Durante la oración, el Padre le presenta el cáliz del dolor, no solamente físico, sino sobre todo moral, haciéndole ver hasta la inutilidad de su muerte para muchos pecadores, por su rebeldía y obstinación en el pecado.

Ante su mirada estaba nuestra vida de redimidos, ingratos y hasta engreídos, derrochando tantas gracias y despreciando su sangre.

La Virgen no estaba lejos; siempre ha estado cerca participando del cáliz de nuestra ingratitud para con su Hijo. Nosotros, peregrinos de Prado Nuevo, hemos permanecido siempre en su maternal corazón, hasta traernos aquí, a este lugar bendito, para transformar nuestros corazones al calor del suyo.

«Hija mía —manifestaba el Señor en un mensaje—, *sólo desde la crucifixión se puede ir a Cristo; sólo (...) desde el Huerto de Getsemaní, desde el Gólgota, puede ser el camino recto y seguro. Sin sufrimiento, hija mía, no hay amor»*[1].

[1] 1-VII-1989.

Misterios Dolorosos
Enero 2011
2º: La flagelación del Señor

En el mensaje de 7 de febrero de 1987, nos pedía la Virgen: *«Sed, hijos míos, hostias gratas y santas a Dios; conservad vuestros cuerpos como hostias vivas para la gloria de Dios»*. Esta petición estremece el corazón; pero qué hermoso unirnos al sacrificio de Cristo, *«ser hostias gratas y santas a Dios»*, cuando tantas veces el cuerpo se convierte en instrumento de pecado.

¡Cuánto nos debería conmover contemplar a Jesús flagelado! Su cuerpo fue convertido en campo arado por los surcos, hasta arrancarle pedazos de carne con los flagelos. ¿No podemos pensar que el cuerpo purísimo de María sufrió mística, pero realmente, este mismo tormento?

¡Qué contraste el mimo con que tratamos a nuestro cuerpo! ¡Y qué contraste con el cuerpo resucitado de Jesús y con el cuerpo glorioso, también, de la Virgen! Ser como una hostia, hasta en el cuerpo, exige la purificación de nuestros sentidos y potencias, para elevarnos por medio de las criaturas hasta el Creador. En el mundo de hoy, sólo se busca el placer, la comodidad y el confort. Se comercializa con el cuerpo, como si el hombre y la mujer fuésemos sólo eso.

Contemplemos el cuerpo flagelado de Jesucristo, recordando que nuestros pecados han vuelto a abrir sus heridas; seamos bálsamo para ellas con una vida de entrega y sacrificio.

3º: La coronación de espinas

Jesucristo es Rey; lo dijo con claridad a Pilatos: «Sí, como dices, soy Rey»[2]. Pero no es rey de este mundo; no tenía un ejército armado a sus órdenes: «Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos: pero mi Reino no es de aquí»[3].

La corona de Rey se la ponen a golpes; pero no es de oro ni con valiosas piedras engarzadas, sino de punzantes espinas pintadas con su sangre preciosa. San Juan lo narra así: «Los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le vistieron un manto de púrpura»[4].

Revelaba La Virgen con profunda belleza en el mensaje de 15 de agosto de 1986: *«Cuando el Niño iba creciendo y acariciaba sus manitas, veía sus clavos en ellas y sus manos manchadas de sangre; esa Víctima inocente... Cuando acariciaba sus cabellos rubios como el oro, hija mía, entre mis dedos tocaba las espinas que un día iban a punzar su cabeza. Esa cabecita tan pequeña sería bañada en sangre por los pecados de los hombres»*.

Despreciemos las coronas temporales —honores, alabanzas y primeros puestos—, para ser un día coronados con la corona de la santidad, que no se marchita.

---

[2] *Jn* 18, 37.
[3] *Jn* 18, 36.
[4] *Jn* 19, 2.

4º: Jesús sube la Calvario llevando la Cruz

Jesús, que es Camino, Verdad y Vida, recorre el camino que lleva al Calvario; allí, la Cruz será su cátedra para enseñar la verdad y transmitir la vida. Y lleva consigo la Cruz, «fiel árbol, único en nobleza», como cantamos en el himno litúrgico.

El camino de la cruz es el único para imitar la vida de Jesucristo y gozar después la vida eterna. Él mismo dice en el Evangelio: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará»[5]. La Virgen sí le siguió; es la primera y mejor discípula; es la Madre del que es la Fuente de la vida; y la vida divina, todas las gracias, se nos transmiten por su mediación universal. Ella es la Madre de Cristo; inseparable de Él por estar totalmente identificada con Él. Con razón se la llama Corredentora del género humano.

Carguemos con la cruz de cada día, aunque sea áspera. Acompañemos a Jesús por la calle de la amargura; así lo pedía su Madre en un mensaje: *«Quiero que todos los días me acompañéis un ratito, hijos míos, en el camino del Calvario»*[6]. Unámonos al Cireneo, estemos al lado de las piadosas mujeres, de la Verónica..., para enjugar con ella el rostro del Señor.

---

[5] *Mt* 16, 24-25.
[6] 3-II-1990.

Misterios Dolorosos
Enero 2011

5º: Jesús es crucificado y muere en la Cruz

La compenetración y sintonía perfecta de los dos Corazones —el de Jesús y el de María — se realiza porque ambos se sacrifican en el amor. Por esta razón, la Iglesia nos invita a meditar en la Crucifixión de Jesús y en la Transfixión de la Virgen, o dolores de su Madre al pie de la Cruz. Es la entrega total del Hijo y de la Madre para reparar el amor ultrajado de Dios por los pecados de todos los hombres, y conseguir su arrepentimiento. Así expresaba la Virgen en el mensaje de 3 de febrero de 1990: *«Haced vuestro corazón semejante al de Cristo. Miradle, hijos míos, miradle crucificado en la Cruz por el amor a los hombres»*.

En el Gólgota están los dos juntos, los Corazones de Jesús y de María, participando de los dolores de la redención. Tras la muerte de su Hijo, sigue unida a Él; la Madre piadosa le sostiene entre sus brazos, ofreciéndole al Padre y a favor de los hombres y mujeres de todos los tiempos. Nada más esperanzador para nosotros. En medio del dolor de nuestro corazón de hijos arrepentidos, experimentamos el consuelo y el gozo de saber vivir esperando la Gloria, cuando el sufrimiento intente abatir nuestro espíritu.